

# Luis Maraver y Alfaro: arqueología cordobesa en el siglo de las revoluciones

PABLO ALLEPUZ GARCÍA

Becario de Iniciación a la Investigación (UCO). Grupo de Investigación *Sísifo*

Cuando nació Luis Maraver y Alfaro (Fuente Obejuna, 1812/1814? - Madrid, 1886) no existía un entramado legal y administrativo que permitiera garantizar la conservación del patrimonio cultural español. Tan solo podrían citarse como antecedentes la constitución de la Real Academia de la Historia en 1738 con el objetivo de “*purificar y limpiar la Historia de España de las fábulas que la deslucen e ilustrarla de las noticias que parezcan más provechosas*”; su reforma estatutaria de 1792, por la que pasó a organizarse en diversas Salas, una de ellas consagrada a las Antigüedades; o la *Real Cédula* de 6 de julio de 1803, incluida en la *Novísima Recopilación* de 1805, con la *Instrucción formada por la Real Academia de la Historia sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos descubiertos o que se descubran en el Reino*, que anunciaba implícitamente la idea de un Museo Arqueológico Nacional, fundado por fin en 1867. A su muerte, en cambio, ya se había modernizado el sistema de gestión y habían quedado sentadas las bases para las reformas que impulsaría a partir de 1900 el Ministerio de la Instrucción Pública: la *Ley de Excavaciones y Antigüedades* de 1911 o la republicana *Ley del Tesoro Artístico Nacional* de 1933. La transición de uno a otro modelo, desarrollada sobre todo en el período que se ha dado en llamar de *arqueología isabelina* (1833-1868), revela los profundos cambios introducidos a golpe de revolución en las estructuras del Estado con los procesos desamortizadores y la consolidación de la división territorial por provincias; en la sociedad con una progresiva conciencia del demanio y de sus responsabilidades derivadas; y en la gestión descentralizada del patrimonio con la puesta en funcionamiento de las Comisiones Provinciales de Monumentos y los Inspectores de Antigüedades como intermediarios.

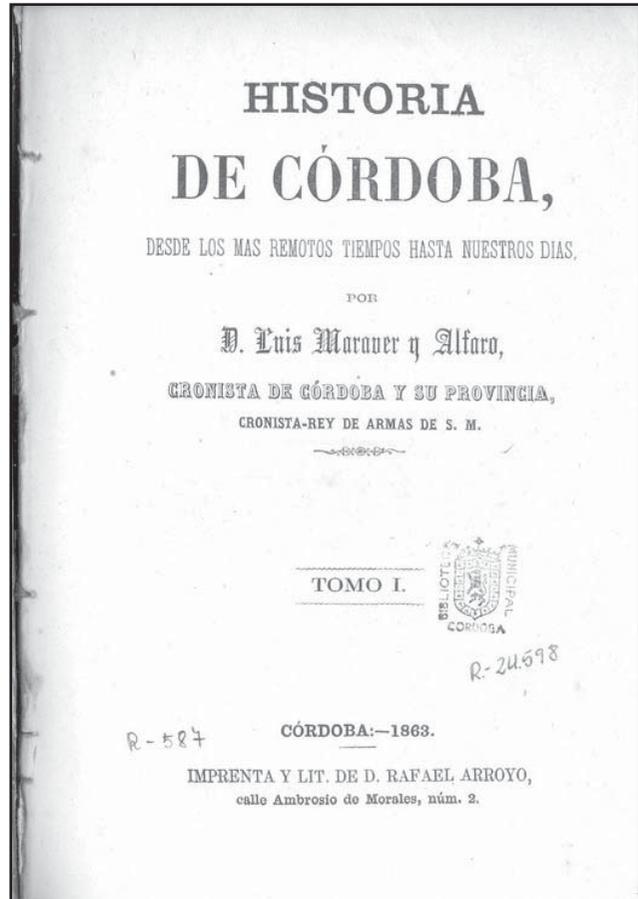
Muy poco sabemos acerca de los primeros años de Maraver, y menos aun con certeza, pero parece claro que siguió los cursos necesarios para ejercer como médico homeópata, y que en algún momento de su juventud manifestó una cierta vocación por las Humanidades que pudo haber desembocado en una segunda licenciatura en Filosofía y Letras; también, que practicó un activismo político de corte progresista durante buena parte de su vida. Sea como fuere, ingresó en la Academia de Córdoba en 1852, fue ascendido a numerario en 1853 y llegó a ser electo de mérito en 1865, compaginando siempre la escritura de obras de poesía y de teatro con otras de contenido historiográfico próximas al anal y a la crónica.

En su *Biografía y memorias especialmente literarias*, Luis María Ramírez de las Casas Deza recuerda la propuesta que elevó a los Ayuntamientos de Sevilla, Cádiz, Granada y Jaén para que siguieran el ejemplo de los pioneros de Valencia (1848) y Barcelona (1852) y nombraran a sus respectivos cronistas municipales, por supuesto con la esperanza de resultar seleccionado él mismo en Córdoba. ¡Cuál no sería su decepción y su sorpresa al descubrir que, muy al contrario de sus pretensiones, y probablemente debido a las intrigas políticas, el puesto le fue concedido a su poco estimado colega Luis Maraver y Alfaro, con una “*gratificación*” económica que se disparó desde los 350 reales anuales hasta la escandalosa cifra de 4.000! Así, en las Actas Municipales de 5 de diciembre de 1855 se defendía “*lo útil y honorífico que sería a la Capital se escribiese la Crónica de esta Ciudad, tanto antigua como corriente, que tan importante lugar había ocupado y tanto se había distinguido siempre entre las demás Capitales de España; y que para este trabajo proponía al Sr. D. Luis Maraver [sic.], Licenciado en Medicina, y sujeto instruido y adornado de dotes suficientes al objeto*”. La tensión entre ambos estaba servida, alimentada cada vez que el Ayuntamiento suspendía el cargo o la retribución, pues Ramírez de las Casas-Deza volvía a postularse como relevo del que “*ha manifestado gracia y talento para la poesía jocosa únicamente, y falta de talento e instrucción para todo lo demás*”. No contribuyó a apaciguar la polémica el producto derivado del nuevo cargo, la *Historia de Córdoba desde los más remotos tiempos hasta nuestros días* en tres tomos (1863, 1866 y 1867), dados las presumibles carencias técnicas de Maraver, el carácter incompleto de su proyecto y los desatinos históricos del ensayo final. Por el contrario, daba la razón a sus detractores, quienes criticaron duramente el estilo empleado y, como señaló Rafael Ramírez de Arellano, el haber copiado “*al padre Ruano, en lo que toca al período romano, y a Dozy, en el árabe*”. Basta leer el comienzo de la obra para intuir a qué se refieren...

“*CÓRDOBA, la famosa Colonia patricia, la opulenta y deslumbradora corte de los Benu-omeyas, semejante á una noble matrona, descansa tranquila y orgullosa en el punto mas ameno y delicioso de la poética y encantadora Andalucía. Reclinado su cuerpo sobre muelle alfombra de esmeralda, matizada de flores mil, y aromatizada su atmósfera por los mas suaves perfumes, apoya su laureada cabeza en los Montes Marianos, y baña sus pies en las caudalosas aguas del Gran Rio, como le llamaron sus creyentes pobladores*”.

Es posible que esta experiencia, unida a su buena posición y mejores contactos, entre ellos José Amador de los Ríos o Aureliano Fernández-Guerra, le sirvieran para vincularse a la Real Academia de la Historia en 1866, lo que a su vez le habría granjeado casi automáticamente la pertenencia a la Comisión de Monumentos de Córdoba y los títulos de Inspector de Monumentos y Conservador del Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, una vez independizado del de Bellas Artes en la gloriosa fecha de 1868. En este contexto, como estrategia simultánea para proteger los bienes culturales y dotar de fondos al Museo, se emprendieron varias campañas de excavaciones en el Sureste de la provincia: los días 13, 14 y 15 de abril de 1867 en el Cerro de las Cabezuelas de Fuente Tójar, donde se recogieron multitud de restos óseos calcinados, recipientes de barro y monedas de plata y cobre, identificando el conjunto, sobre la base de la epigrafía, con la antigua *Ilitvrgicola* o, según José María de Navascués, con la *Svcaelo* citada por Plinio el Viejo en su *Naturalis Historia*; y desde el 17 de septiembre de 1867 en el Cerro de la Cruz y Los Collados de Almedinilla, donde se encontró una necrópolis ibérica que Maraver creyó romana con tres tipos de enterramientos distintos e importantes ajueres funerarios en los que destacaban las armas (especialmente las falcatas).

A diferencia de la crónica de Córdoba, censurable por el celo excesivo del método filológico y la poca atención y confianza hacia el registro material, estas dos intervenciones se rigieron por un cierto método arqueológico, todavía poco riguroso, tratando de dejar cumplidas descripciones y clasificaciones de los hallazgos, aun cuando subjetivas y poco explícitas, y de ofrecer interpretaciones históricas concretas. Si Ambrosio de Morales confundió los restos de Madinat al-Zahra con Córdoba la Vieja, hasta cierto punto comprensible en un proto-arqueólogo del siglo XVI, el bueno de Maraver y Alfaro, por su parte, y con una justificación mucho más difícil, catalogó restos iberos como romanos, árabes como fenicios, llamó califa al emir Abd-al-Rahmán I o llegó a afirmar que Mahoma visitó Córdoba... En 1868 realizó su último trabajo arqueológico, consistente en rastrear las huellas de Julio César y el lugar de la famosa batalla de Munda, antes de presentar su dimisión para dedicarse al mundo periodístico, primero en Córdoba y a partir de la década de 1870 en Madrid, escribiendo algunos artículos bajo el pseudónimo de Fray Liberto y editando periódicos junto a Rafael Arroyo, con quien ya había trabajado a propósito de su *Historia de Córdoba* (miren con detalle, por favor, la portada...). Su semanario satírico federal *El cencerro*, calificado por Ramírez de las Casas-Deza de “*publicación soez, necia y maldiciente, que por tener estas cualidades agradaba mucho a la plebe*”, se situó pronto entre los más leídos del país, por lo que Maraver hubo de trasladarse a Madrid para satisfacer las grandes tiradas que demandaba el público, y allí murió en 1886.



Miembro de número y de mérito de la Academia de Córdoba, correspondiente de la Real Academia de la Historia, primer cronista oficial de la ciudad, impulsor del Museo Arqueológico Provincial, Inspector de Antigüedades, editor periodístico, literato, médico..., Luis Maraver y Alfaro fue una de las personalidades más señeras en la intelectualidad decimonónica cordobesa y, con sus luces y sus sombras, constituye una pieza clave en la historia del patrimonio cultural cordobés. De ahí este homenaje.

#### BIBLIOGRAFÍA:

MAIER ALLENDE, Jorge y SALAS ÁLVAREZ, Jesús (2007): “Los inspectores de antigüedades de la Real Academia de la Historia en Andalucía”, en BELÉN DEAMOS, María y BELTRÁN FORTES, José (Eds.): *Las instituciones en el origen y desarrollo de la Arqueología en España*, Universidad de Sevilla (SPAL Monografías, X), Sevilla, pp. 175-238.

PELÁEZ DEL ROSAL, Manuel (2002): “Notas sobre el primer cronista oficial de Córdoba, Don Luis Maraver y Alfaro (Fuente Obejuna, 1812? - Madrid, 1886) y su polémico nombramiento”, *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, nº 8, pp. 233-238.

VAQUERIZO GIL, Desiderio (1990): *El yacimiento ibérico de “Cerro de la Cruz” (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática*, Diputación Provincial de Córdoba, Córdoba.